LA ISLA DE ODISEO

(de “Narraciones y Poemas” - José Luis Víttori, Santa Fe, 2000)

Cruzamos el canal frente al puerto. Debe haber sido un domingo en octubre o en noviembre. Los días ya eran largos y cálidos, pero aún íbamos a clase. Al lugar lo llaman “isla de los lectureros”. Me lleva una tía empleada en Luz y Fuerza. Vamos temprano. Cruzamos en canoa. Yo bostezo, medio dormido. Acunándome en el balanceo de las remadas, escucho a medias las conversaciones de las mujeres de la oficina. Me gustaba leer hasta tarde los fines de semana. Dos años de vacaciones. Un capitán de quince años -voy a cumplir doce en febrero-. Los hijos del capitán Grant. El corsario negro. La isla del tesoro. La Odisea… Mi imaginación navegaba por ríos y mares de aventura. Ahora me aventuro hacia una isla desconocida.

Me despabilo al llegar, cerca ya de la costa. La canoa embica en una playa de arenas doradas y suaves. Poco más allá se encuentran los ranchos a la sombra de unos árboles rosados y azules como nunca he visto. Pregunto a mi tía qué son. Ella no sabe y pregunta a las chicas. Tampoco saben.

Está todo el personal de la oficina. El “señor” tal, la “señora” cual. Se trataban a distancia, como desconocidos. El “señor Ruggeri”, alto, huesudo, desgarbado, de pies y manos enormes, con una nariz en gancho y una voz aflautada, es uno de los “lectureros” de la “compañía”. El “señor Martelet”, jefe de la oficina: cara blanca y redonda, ojos azules, verruga en la sien izquierda, sonrisa a flor de labios, “un carácter endemoniado” -dicen. La señora de Gietz, bajita, gorda, mandona, pícara, ocurrente, lectora, sabihonda pródiga, de anteojos. Esa es mi tía. Después, en una segunda instancia, estaban “la Capella”, “la Vallejos”, “la Heredia”, es decir, las solteras, y los hombres comunes: “Fabres”, “Rizzuto”, “Leyes”, empleados y lectureros. No recuerdo el nombre de todos.

Camino por ahí, mirando. Saludo, merodeo los grupos, escucho las conversaciones y exploro el lugar.

“Los árboles forman galerías de sombra, árboles espesos de flores azules y rosadas, por el momento sin nombre, matorrales espesos, cortinas de bejucos, ramos de clavel del aire. De pronto, al salir de la sombra, me encandilan los reflejos del agua. Andando entre los juncos, a veces voy a parar al río, a veces desemboco en una laguna escondida. En la superficie del agua azul, flotan grandes platos vegetales en cuyo centro se yerguen flores blancas y rosadas. Pero, cuando miro mejor, veo que las flores se mueven, se estiran y tienen picos, patas, alas, plumas.”

Andando por la costa doy con un cañadón y, cuando quiero cruzarlo, me hundo hasta las rodillas en un cenagal. A duras penas consigo zafar del barro. Después tengo que lavarme, limpiar los zapatos. Entro al río. A unos pasos de la orilla hay un fondo de arena fina. El agua está tibia. Huele a sol y a vegetación. Es un olor silvestre, el mismo olor del aire en el remanso. Me gustaría nadar un poco pero no he traído la malla y no me atrevo a desnudarme. Aquí nadie ha pensado en bañarse desnudo en el río, ni siquiera en mostrarse en malla. Cierro los ojos y respiro hondo, echando la cabeza atrás. Quisiera respirar el sol, los árboles, el agua, todo, llevarme el aire en la piel, correr por el cespedal como un ciervo y después, de un salto, abrir los brazos y remontar la brisa con la levedad de un pájaro o una mariposa, elevarme lo más alto posible para mirar desde el cielo la "isla de los lectureros", la gente de la oficina apiñada en los ranchos; dejarme flotar, ingrávido y soñar desde el aire las aventuras de Ulises.

Cuando vuelvo a los quinchos ya están comiendo. Mi tía me sienta a su lado y me pone delante un plato lleno de cosas. La charla queda en suspenso y en el silencio del mediodía se los oye masticar con voracidad, hambrientos y sedientos "por el cambio de aire". Después de hartarse hablan todos juntos, alegres de vino, borrachos de luz. A la siesta, algunos se retiran a dormir la mona echados a la sombra. En la modorra general, sólo se escucha la música amortiguada de las voces.

De pronto hay un tumulto en la barranca del río. Se oyen gritos. Se amontona la gente. El señor Ruggeri ha querido tirarse al agua y dos de los lectureros lo sujetan en el borde de la pendiente. Él forcejea y patalea, haciendo surcos en la tierra con sus grandes pies.

- ¡Déjenme ir con los ángeles del cielo! -grita el suicida- Oigo el llamado de los santos…

Está desencajado. Pone los ojos en blanco. Da pena verlo en el suelo, tan grandote, vestido con traje, chaleco y corbata, como para salir a la calle, forcejeando a los gritos. El pobre señor Ruggeri ha tomado de más. Con ayuda de otros hombres consiguen levantarlo y apartarlo de la barranca. La gente lo deja con los entendidos en disipar curdas mediante compresas frías, vahos de vinagre, vomitivos y otros recursos del campamento urbano en la isla agreste.

"La sombra vertical de los árboles se va agrandando. Me siento en la hierba. He guardado migas de pan, las desmenuzo y las arrojo al suelo. Al momento estoy rodeado de pájaros. Me quedo quieto y se posan en mis hombros, en mi cabeza, saltan sobre mis piernas. Después picotean la tierra, las migas. Trato de imitar un llamado silbando. Me contestan, una y otra vez. Después cantan al unísono y las ondas armónicas se expanden en acordes por el aire de la tarde.

Una senda desconocida me lleva a orillas de la laguna. Uno de los lectureros pesca mojarras con un sedal. Él sabe verlas bajo el agua y ni bien tocan el anzuelo da un tirón y saca una. Me hace acordar a mi padre en la costa del río una tarde que

me llevó a pescar. Pero éste no perdona. Tira las mojarras al pasto y las deja morir ahí, pensando en comérselas fritas más tarde, o si no de puro aburrido.

- ¿Querés probar? -invita, ofreciéndome el sedal. Digo que no y me alejo".

De casualidad encuentro los corrales. Están disimulados entre la vegetación. Al fondo, apenas visibles en la sombra, hay un rancho grande y un hombre a caballo. Y una mujer y un chico. La mujer le alcanza un mate al hombre. El chico juega en el piso con una ristra de carreteles atados a un hilo.

- ¡Buenas! -dice el hombre-, tenemos visita, acérquese, amigo. ¿Ha venido con los lectureros?

- Si, señor. ¿Los conoce?

- De vista, no suelen andar por aquí. ¿Gusta un mate?

- Bueno.

La mujer lo ceba y me lo alcanza. El chico se ha sentado a mirarme.

- Soy Pablo Sandoval, el puestero. Mi mujer y mi hijo -presenta-. Vivimos aquí. ¿Usted es de Santa Fe?

- Si, señor -digo, haciendo rezongar el mate como un grande.

Ellos se miran, cambian un gesto de entendimiento. Son jóvenes. Se los ve saludables, morenos de sol.

- Estaba por salir de recorrida. ¿Sabés montar a caballo?

- Un poco.

- Bueno, si te animás podés venir. En un momento ensillo el petiso. ¿Conocés la isla?

- No, es la primera vez que vengo. ¿Qué es ese árbol de flores rosadas?

- Un lapacho.

- ¿Y aquel otro color lila?

- Un jacarandá. Florecen para este tiempo. Si sos entendido los árboles de las islas te dicen los meses del año, las estaciones…

Sin apuro, Sandoval bajó del caballo y fue hasta el corral cercano a sacar el petiso.

- Nosotros no somos de aquí – explicó mientras lo ensillaba-. Te lo ensillo con basto, así montás mejor. El patrón nos trajo de Entre Ríos. Somos de Gualeguay. Hace un año nos casamos. A fuerza de trabajo nos hicimos conocedores. Pero no hay gracia. Yo desde chiquito conozco el campo, las orillas. Era apenas más grande que éste cuando mi papá me subió a un caballo y me llevó con él al monte. Ya está, vení que te ayudo a subir.

Mientras me acomodo en el basto, Pablo se sirve otro mate y después monta. Lleva sombrero con barbijo y un rebenque cabo de plata. Lleva un lazo trenzado en la montura. Está de alpargatas, sin espuelas. Monta un lindo caballo de pelo colorado y parejito. Es magro y fuerte, de estatura mediana. La mujer es agraciada. Los dos huelen a humo, a hierbas.

- ¿Como a qué hora llegaron?

- Temprano.

- Sostené firme las riendas, no se te vaya a desbocar el petiso.

Salimos al paso.

- ¿Te ha gustado la isla?

- Si.

- ¿Qué es lo que más te gustó, por ejemplo? ¿Los árboles floridos…?

- No, la laguna ésa, los pájaros que flotan sobre los platos.

- Son garzas y flamencos en la Victoria Regia. ¿No viste las flores?

- ¡Si confundí las garzas con flores!

Pablo Sandoval se ríe. Levanta el ala del sombrero con el cabo del rebenque.

- Bueno, hermanito -dice-, tengo que ver cómo están las vacas del otro lado. ¿Te animás a un trote?

Se adelanta, seguido por dos perros grandes que le han salido al encuentro. Mi petiso lo sigue también al trote y yo voy saltando sobre mi basto como un muñeco a resorte. Antes de entrar al monte, Pablo sujeta su caballo y marcha de nuevo al paso. Lo mismo hace mi petiso y vamos charqueando entre espinillos.

- ¡Cuidá la cara de los arañazos! -recomienda Pablo, apartando alguna rama espinosa con el cabo del rebenque.

Como no tengo rebenque ni nada, me agacho sobre la cabeza del petiso. El andar cansino de los caballos levanta nubes de mosquitos famélicos. Pronto los tengo pegados a la piel de brazos y piernas. Ahora entiendo por qué Sandoval lleva pantalones de loneta y camisa de sarga. Así y todo tiene que espantarlos. Yo los espanto como puedo, con el cabo de las riendas. Los mosquitos, atraídos por el sudor de los caballos se les pegan por cientos en el cuello y las ancas.

- Aguantá un poco que ya llegamos al alto -me dice-. Y no vayás a rascarte que con las picaduras nuevas se te hacen ronchas como monedas.

Por suerte salimos a lo alto del albardón. Ahí sopla viento del río y los mosquitos se dispersan. Tengo los brazos y las piernas colorados y una picadura al lado de la otra. ¡Y cómo arden! Aprieto los dientes para no rascarme.

- ¡Che, pibe, cómo te han dejado los mosquitos! Se ve que no estás curtido. Si querés aliviarte, ponéte barro…

- No, deje, ya se me va a pasar.

Sandoval acepta con naturalidad mi hombrada y, atento a su trabajo, se levanta sobre los estribos para abarcar la distancia. Allá las veo -dice-, están pasando la lomada, donde el pasto es más jugoso. Al trotecito rodea la tropa, contra el viento para no espantarla -explica- y los perros lo siguen. Hay unas cincuenta vacas criollas y unos toros de marca.

- Estamos haciendo cruza -comenta Pablo, y de una sola mirada parece verlas a todas. - Está bueno…

De pronto su interés cambia de rumbo, se detiene y señala a lo lejos, en dirección al río.

- ¿Distinguís aquel hombre al filo de la barranca?

De primera intención veo como un humo claro a la sombra de un sauce.

- Si aguzás la vista podés verlo bien.

Me levanto sobre los estribos para ver mejor y entonces distingo un hombre alto y barbado. Viste un sayo blanco y se inclina hacia el río, apoyado en una vara.

- Es el ermitaño Javier de la Rosa -murmuró Sandoval-, un hombre viejo y santo… Lo curioso es que lo ves, pero él ahí no está. Ahora lo estamos viendo, ¿no?, pero si avanzamos hacia la costa él se difumina y, cuando llegás, ya no está más ahí. Palabra.

- ¿Querés ir a ver?

No me hizo gracia ir a ver un fantasma.

- Será un espejismo -dije.

- Si, como los "perros azules" del camino.

- ¿Vos has ido a ver alguna vez?

- Si, una vez. A mi me lo habían contado y quise saber si era cierto. Enfilé con el caballo hasta la costa y a medida que me acercaba el ermitaño se iba haciendo humo.

- ¡Qué julepe!

- Si, al ver lo que pasaba salí de ahí al galope y no volví nunca más. Después, el viejo Medardo, el pescador de allá abajo me contó que el ermitaño era de Guadalupe, hasta que un día se largó a caminar por las orillas sin rumbo conocido, y acá se murió en las islas y pena sin tregua porque sus huesos no fueron sepultados.

Luego Pablo ya no quiso hablar más de la aparición del ermitaño y desandamos el camino hasta el puesto.

La mujer sale a recibirnos. Lleva el chico en brazos. Lo ha bañado y le ha puesto ropa limpia. Lo ha hisopado con Agua Florida. Sandoval desmonta y lo recibe en alto, lo festeja un raro. ¡Qué lindo gurí hemos hecho entre los dos! -exclama-. Sintiéndose deseada, ella se sonroja. Viéndome desmontar, Pablo le entrega el chico y desensilla el petiso.

- Bueno, pibe -dice- ya viste la isla desde un pingo de trabajo. Si tenés ganas de salir otro día, venite por aquí.

Agradezco y me despido, presintiendo que no los veré más. Luego de andar unos pasos, me vuelvo a saludarlos. Ella tenía a su hijito alzado y él los abrazaba. ¡Me parecieron tan solos! Pensé en la noche. En cada noche de sus vidas. Y sentí que la soledad se me echaba encima, amenazante y vacía. Me di vuelta y seguí mi camino.

- Adiós Cristóbal, adiós Martina (¿dije esos nombres?), adiós Goyo (¿los dije o los soñé después…?)

Vuelvo sobre mis pasos. Trato de orientarme en dirección a las casas. No sé cuánto tiempo llevo andando, mi tía debe estar preocupada. Sin saber cómo doy otra vez con la costa, pero en un lugar diferente.

Sobre la barranca hay un rancho tan desvencijado que le falta poco para caer al río. En un claro hay un maizal y en el patio, a unos pasos de la puerta, un fogón hecho con toscas donde se mantienen brasas bajo capas de ceniza. Fabres, Rizzuto y Leyes han arrancado choclos y los cocinan al rescoldo.

Están sentados en cuclillas junto al fogón. El pescador que vive en el rancho es un hombre viejo y está borracho. Se tambalea; chusqueando con una botella de tinto en la mano, miente sus amores con las "hembras" del lugar. Es zafado y los

lectureros lo provocan para hacerlo hablar. Asentada en los bordes del fogón, una pava enlozada, vieja como el dueño, llena de cachaduras y tizne, conserva el agua caliente para el mate.

Uno de los hombres escarba las cenizas con un palito y va sacando los choclos cocidos. Deja que se enfríen un poco recostándolos en las piedras. Después se sirven. Me ofrece uno.

"Hay que pelarlo" -dice-. Le quito la chala. Los granos de la mazorca son tiernos y dulces. Los saboreo mientras me escabullo del patio para no oírlo más a Medardo, pero a la distancia sigo oyendo las palabrotas del viejo y las risotadas de los lectureros. ¿Irá a convertirse Pablo con el tiempo en un viejo solo y borracho como Medardo? -me pregunto- ¿Se convertirá Medardo en un aparecido como el Ermitaño si se muere solo en su rancho y alguien no lo entierra? No lo sé, pero por las dudas me alejo del lugar haciendo una higa para conjurarlo.

Llego a los ranchos cansado de andar toda la tarde por la isla. "Salí de esos quinchos a recorrer el lugar y ahora he vuelto como Ulises a Itaca -fabulo-, el porquerizo y el perro dormitan bajo los árboles. Los pretendientes toman mates con facturas. (Me ofrecen y no quiero). No saben que enseguida tensaré mi arco para flecharlos"…

Encuentro en la reunión dos chicos de mi edad, sobrinos del señor Martelet. Al muchacho lo conozco, es un compañero de mi grado en la escuela normal. La chica es muy rubia, de ojos entre azules y grises, según les de la luz, ella tiene una piel tan blanca y suave que dan ganas de tocarla. "Una gringuita" -dicen-. Me gusta y quiero gustarle. Jugamos entre las mesas. El tío nos vigila y no nos deja chacotear. Sólo me queda mirarla, graciosa, sonriente e intocable…

Por fin mi amigo me invita "a cazar en el bosque". Saca una gomera del bolsillo del pantalón y rondamos bajo los árboles. Él ensaya unos tiros. Se lo ve destructor como uno de esos pretendientes que asolaban el país del héroe. Yo juego a que soy Ulises cruzando el bosque de Itaca, vuelto a mi reino después de veinte años para salvar a mi rubia Penélope del malvado señor Martelet. De pronto mi amigo hace puntería sigilosamente y, tensando la gomera, dispara un recorte hacia su blanco. De la fronda cae un pájaro herido. Lo veo aletear en el suelo. Tiene el pecho abierto y sangra. El dañino sigue buscando presas. Recojo el pájaro, lo envuelvo en mi pañuelo y regreso a los ranchos con ese dolor que tiembla en mi mano.

La fiesta de los lectureros se extingue con el hartazgo y el cansancio de la gente. Avanza la tarde y hay que cruzar el río en canoa. "Sería una imprudencia demorarse" -dice mi tía. (Con la misma autoridad ha exclamado al ver las picaduras de los mosquitos en mi piel: "¡Pero hijo, te ha brotado el sarampión!"…) El pájaro herido vive todavía, arropado en mi pañuelo. Ya no sangra. Respira con el pico abierto, pero el aire y la vida se le escapan por los pulmones con un silbido agónico.

Cuando la canoa se aleja de la costa, miro por última vez la "Isla de los lectureros" y me da lástima irme. Desde la mañana he rondado todo el tiempo,

mirando y sintiendo tantas cosas nuevas que, aún queriendo, no podría recordarlas a todas. Pero me prometo no olvidarlas.

El cansancio disipa esos pensamientos. Me recuesto en la falda de mi tía y, acunado por las remadas del canoero, me sumo en un sueño profundo, sin imágenes, sin tiempo, todo ausencia y vacío. Hasta que unos sacudones me despiertan. "Perdoname, pero no puedo cargar con vos dormido como cuando eras chico" -se disculpa mi tía. Sacudo la cabeza tratando de entender que ya no soy un chico. Hemos llegado a puerto. De este muelle partimos a la mañana y hemos vuelto al anochecer. "También Ulises partió de Itaca y regresó veinte años después. Es como haber andado en círculo, no importa si un día, un mes o una vida entera". Me estremece la idea. "Ahora yo también estoy de vuelta, pero más viejo; infinitamente experimentado y cansado como Ulises..."

Aturdido, permanezco en el asiento de la canoa. Alcanzo a ver el muelle en penumbras. Las mujeres se han parado y tratan de mantener el equilibrio mientras el canoero las ayuda a bajar. La cabecita inerte del pájaro herido cuelga fuera del pañuelo. Se la muevo con un dedo para reanimarlo pero comprendo que ha muerto. "Yo traje del pasado un pájaro..." Trago saliva. "Un pájaro herido"… Siento que me llaman. Las mujeres ya bajaron. Me arrodillo en la tabla del asiento, lo deposito con su mortaja en el río y, mientras se aleja a la deriva, lloro para adentro mi congoja por una muerte inútil. "También Argo, el viejo perro de Ulises, murió al reconocerlo cuando él volvió a Itaca. Si así son todos los desenlaces yo quisiera..." Mi tía me llama desde lo alto del muelle. "Hoy traje del pasado un pájaro herido". Al conjuro de esta fórmula siento vagamente que algo está a punto de nacer. "¿Pero qué le pasa a ese muchacho?" -le oigo decir a mi tía. "Ya voy -le digo, mientras me levanto-, no me pasa nada".

Sorteo los bancos de la canoa y gano la escalera hacia el muelle. En la mitad del ascenso me detengo a mirar el río en sombras. "Hoy he visto cosas" … Las imágenes me sorprenden y a la vez me asustan. Pero me resisto a perderlas y las dejo ir a una reserva de ausencia para recuperarlas más tarde. Y escapo del río (o creo escapar) subiendo la escalera a los saltos sin volverme. No quiero que me atrape el mundo de agua en cuyo misterio entré. Aunque no se sabe. "Nunca se sabe..."

Al fin puedo levantarme después de diez días de fiebre alta. Como al principio, es una mañana fresca y soleada. Me acerco a la ventana. La costanera, el río, el puente colgante, el albardón, los esteros, nuestro obligado paisaje de los tres últimos años, resplandece bajo el sol atenuado de marzo. Las memorias y las ensoñaciones de estos días de cama ya no son más que fantasmas. ¡Tengo ganas de andar por un mundo sólido! Sin embargo, pienso que si los sueños fueran reales, yo sería el fantasma… ¿No será que los novelistas crean mundos reales en alguna dimensión del universo y no simples historias fingidas en un papel? Si así fuere, ¿qué realidades podría hojear mi fantasma en las páginas de ese cuaderno de notas olvidado en la mesa de luz?…